



EX LIBRIS

EX LIBRIS

Alicia Dujovne Ortiz

LA PROCESIÓN VA POR DENTRO





Dujovne Ortiz, Alicia

La procesión va por dentro - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Marea, 2019.

172 p.; 23 x 15 cm. - (Narrativa)

ISBN 978-987-3783-96-8

1. Narrativa Argentina. 2. Peronismo. 3. Novelas Biográficas. I. Título.
CDD A863

Edición: Constanza Brunet

Coordinación: Florencia Jibaja Albarez

Corrección: Marisa Corgatelli

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Imagen de tapa: Ilustración de José Cañizares, portada del número 46
de la revista *Mundo Peronista*, año 1953, en el primer aniversario de la
muerte de Evita.

© 2019 Alicia Dujovne Ortiz

© 2019 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (54 11) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar

www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-3783-96-8

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina.*

*A los mapuches de Los Toldos, pueblo natal
de Evita, actualmente en lucha contra los sojeros
que les quitan sus tierras.*

La frase de Perón “Basta, Evita, hasta acá llegamos” me fue transmitida por un ministro del presidente Cámpora, que la oyó en el palco de la avenida 9 de Julio el 22 de agosto de 1951, cuando el pueblo le rogaba a Evita que aceptara la vicepresidencia de la nación.

Zumba como una zeta, zzz zzz, bzzz bzzz, un bichito atrapado entre el vidrio y el marco de la ventana, una abeja perdida. Descarriada. Esa palabra la usan para otra cosa, a mí unas veces me lo decían con Magdalena arrepentida y otras con oveja nomás, descarriada, ni con libreta y anillo al dedo iban a considerarme encarrilada, mujer de presidente, pero fuera del cerco. ¿No suenan parecido, abeja y oveja? Ya lo sé que una es con be y otra con ve y además al padre Benítez maldita la gracia que le hace que a mí se me trabuque todo, él me quiere con las cosas en su lugar. Como mi peluquero. Los dos me hacen rodetes, uno adentro y otro afuera, ¿y no parece un rodete de trenza, el cerebro? Ahora que lo pienso descarriarse y descarrilarse no es lo mismo, lo que se rieron de mí cuando decía los discursos y a las palabras les pegaba de refilón, lo que se rieron siempre de mí. Es que hay suertudos que las traen de nacimiento, las palabras, como si ya nacieran hablados, yo en vez tuve que domar la lengua y nunca la terminé de amansar, nunca. Pobre abejita, ¿qué andará haciendo más perdida que turco en la neblina por estos lados tan tristes?

¿Querrá libarme a mí, justo a mí? A lo mejor se piensa que mis llagas son flores. O a lo mejor ya no se cree nada porque se está muriendo, lo que hay es que la ventana me la cierran de golpe sin fijarse si no están apretando alguna criaturita de Dios. Algo quieren dejar afuera, algo que no se apaga tan fácil. Penetra, viborea. No estoy loca, lo oigo. El viento también chasquea contra el vidrio, pero esto no es viento. A menos que sea un viento de garganta, uno de esos que explotan, largan una escupidita y se vuelven a meter por la boca silbando al revés, como cuando de chicos jugábamos mi hermano Juancito y mis tres hermanas a llorar para adentro, puchereando. Un sollozo. Eso es, un sollozo, si lo conoceré. Lo que estoy oyendo no es ningún bicho, es un sollozo, y no uno, muchos, cientos, miles de sollozos porque miren que para retumbar en las 283 ventanas de las 283 habitaciones del Palacio tienen que ser montones. Y si son montones, si por tantas gargantas sopla una ventolina tan tremenda como para repiquetear hasta en la última de las piezas, esta piecita de porquería donde me meten para que a Perón no le molesten mis gritos, ni me sienta el olor, si todos los que recién ahora me avivo que están afuera sollozan juntos, por mí, por qué otra cosa van a sollozar si ya estoy en las últimas, entonces queda claro que me muero. Yo, no la abeja. Lo sabía, una cosa es enfermarse y otra volverse opa, lo único que en este momento lo sé de veras. Los que me lloran quieren que yo entienda que están en la vereda pechando por mí, para darme suerte, zzz zzz, bzzz bzzz quiere decir eso, suerte, buen viaje. Cualquier cosa darían por acercarse hasta los pies de esta cama de

mala muerte, hecha para morirse mal, pero Perón no quiere que mi pieza se convierta en una romería. Con lo que a mí me gustaría que me agarrasen la mano, que me llorasen a moco tendido, sin un vidrio entre medio. Nunca me aguanté estar sola. Pobres, para alcanzarme tenían que inventarse un idioma secreto. Un zumbidito. Qué cosa, la zeta en el abecedario viene última. Una letra final, igual que este momento que estoy pasando. Momento crucial. Bueno, ya está, ya me agarró el radioteatro, hasta yo me doy cuenta, ¡también, con las cargadas que me aguanté en la vida! Y no de los contreras solamente, vez que me sale alguna frase linda, emocionante, Perón me la desinfla, él dice que yo repito los libretos de la radio, los de Blomberg, los de Muñoz Azpiri. Menos mal que no está metido en mi mente para oírme este discurso que mejor me lo llevo puesto para allá donde voy, ¿se imaginan un esqueleto afónico asomado a la ventana tratando de gritarles a los de afuera despiértense, muchachos, sáquense las lagañas de los ojos que esto se viene feo? Aparte es tarde. Ahora lo que importa es el mensaje que los de afuera me mandan en morse y que yo lo recibo en el fondo de este catre de hierro, entre estas sábanas baratas manchadas de rojo inmundo. Un mensaje ceceoso. ¿Puedo irme?, les pregunto en ceceoso, es una lengua que me aprendí enseguida, no por nada fui actriz. Andate y con buen viento me contestan ellos haciendo zzz zzz, bzzz bzzz, entonces yo agradezco sacándome el sombrero con la pluma y me voy. Morir no viene solo, antes hay que ponerse de acuerdo con uno y con los demás y hacer examen de conciencia como dice el curita babieca y después ya se

puede llamar a la muerte como a un gato, así, con el dedo, dale, negra, vení. Estoy lista como los boiescáu, esperame hasta el sábado que termino de arreglar unas cositas y enseguida caete nomás por acá, negra sotreta. Sábado 26, no me fallés. Lo de la pluma y el sábado es por Cyrano de Bergerac. Días pasados me levanté para ver la película en la salita del cine. Quisieron sostenerme, pero yo de porfiada me emperré en caminar sobre mis propios pies, ¿yo qué soy?, ¿una nena?, a mí ni de cadáver me cargan upa, les hago. Antes patié debajo de la cama las chancletas con la pielcita que me ponía para asomarme al balcón, así el pueblo la veía a Evita por arriba y los ministros, los embajadores, los milicos que estaban alrededor mío veían a una señora de su casa con los tobillos como dos bolas. Qué chancletas ni chancletas, zapatones abotinados para correrme esta carrera contra... el tiempo. Si suena el silbato hay que mover las tabas, eso no se los digo porque no entienden, o hacen que no entienden, cuando uno se muere los que se ponen opa son los demás. ¡Pero qué maravilla de película, Cyrano, eso sí que es morir! Hasta buen mozo quedaba José Ferrer con su nariz de... ¿cómo le dice al que se burla de él en la primera escena? ¿De promontorio? ¿De rama para que se le posen los pajaritos? Yo mientras veía la cinta no era Roxana, a mí ser mujer así no me interesa para nada, qué ganas puedo tener de acabar en un convento bordando pavos reales en punto cruz, no, yo era Cyrano. Hasta en la nariz. No hay por qué reírse, tener esa nariz es lo mismo que ser hija ilegítima, son marcas que uno lleva, a veces se ven más y otras menos, pero estar, están. Quién sabe era por

eso que Cyrano comía poco y nada. Cuando la muca-
mita enamorada le ofrece unos manjares deliciosos él
pica la mitad de un pancito, toma un sorbito de agua
y de postre una uva. Igual que yo. Será que a los hu-
millados se nos queda la comida atravesada. Lo que
más me llegó al alma fue la semana. Como si hablase
de esta que estoy viviendo yo, bah, muriendo. Cyrano
llega a ver a Roxana, malherido, pero lo disimula
como el valiente que es, ella ocupada en su famoso
bordado ni lo mira y él le va describiendo día por día
lo que pasó en la corte. Como un noticiero. El lunes
el rey se empachó comiendo mermelada. El martes el
duque se le declaró a la marquesa y ella le contestó
que no. El miércoles, otro empacho del rey, con ma-
rron glacé. El jueves la marquesa la pensó mejor y
le dijo que sí. El viernes no me acuerdo, y el sába-
do... “El sábado 26 el señor de Bergerac cayó vilmente
asesinado”, y entonces cuando apoya la cabeza para
morirse yo me doy cuenta cabal que la fecha es esa.
Sábado 26 de junio. Otro año, el mío es 1952, pero el
mismo día de la semana y el mismo número. Perón
estaba tan despabilado esa tarde que hasta le hablé.
A él le gustan las de aventuras, pero esta se la vio
entera. Claro, en Cyrano hay espadas, caballos, cosas
de machos. Cuando venían las escenas de amor apro-
vechaba para vicharme de reajo. Una risa verlo sen-
tado en la puntita de la silla, cosa de salir rajando al
menor indicio de... de muerte. Este sí que de valiente
ni un pelo, aunque reconozco que yo con mi chalequito
de lana y estos pantalones que se me abolsan todos
en las rodillas puntudas y esta trencita flaca llovida
parezco salida de aquellas fotos que me mostraron en

París de un campo de concentración que se llamaba Achuich, o algo así. En ese tiempo no me había enterado de nada todavía, la señora que me lo contó vino después. Se lo dije, a Perón. Al acabar la película me levanté sin ayuda de nadie y se lo dije. Así me quiero morir, peleando, le digo, y que sea un sábado 26, lo mismo que Cyrano. No contestó ni sí ni no, él para eso es mandado a hacer, pero me pareció que se lo anotaba en la libreta, cuando achina los ojos es que algo mastica. ¿Fue antes o después que me arrastré por el corredor y me le aparecí en la pieza?, no, antes. Qué bicho me habrá picado. Me fui así nomás en camisón con todas las heridas afuera y le digo: Quería verte. Y a Perón le agarra un ataque de esos que le dan cuando un grasita lo besa y él se frota desesperado el cachete pidiendo alcohol, y se pone a chillar con voz finita sáquenme *eso* de aquí. *Eso* era yo. Antes era Evita, ahora *eso*, una cosita cualquiera tirada en un camastro. Con todo, sus lados buenos los tiene Perón, conmigo digo, con la gran masa del pueblo claro que los tiene los lados buenos, él es así, a la gran masa la quiere y a uno por uno ni bola que le da, para él de a uno no existen, será porque es hombre. La cosa es que a Jamandreu me lo mandó a mostrarme modelos para cuando estuviese curada. Lindo gesto, ¿no? ¡Curada! Pobre Paco, los visajes que hacía por no llorar. Por qué será que me mienten. De un lado me caretean y del otro me ultiman antes de hora. Me agarran ganas de gritarles ¡ojo que todavía no me fui, ojo que estoy acá! El único que me chanta las cuarenta es el cura Benítez, él porque su negocio es mandarme al cielo, en vez los otros, también, pobres, hay que ponerse en

su lugar, el cuiqui que debe darles al ver que la cosita piensa. Y oye. Una noche estoy aquí como dormida con este ronquido que me sale, la morfina es así, calma, pero sofoca, y lo oigo a Perón parado en la puerta que habla con un gallego. Doctor Ara, le hace, todo amable, todo cortés. Al principio con voz de velorio, después se fueron animando y hablaban fuerte. Como si en esta cama no hubiese nadie. Algo de parafina, de inyecciones. Ni valía la pena que se pusieran la mano de pantalla en la boca, ¿se creen que no entendí que voy para momia? Yo estoy moribunda, no sorda. Ni tarada. Bueno, un poco tarada sí, a veces alguien entra en la pieza y yo justo estoy pensando en él o en ella, pero antes, en otras épocas, y por unos segundos se me pone todo al revés. Me pasa con mamá. La veo en la casita de Los Toldos y cuando viene no puedo creer lo achacada que está, gorda, con esos anteojos que les cuelga una cadenita de cada lado. Y a mí me da no sé qué decirle que su presencia me altera, porque cuando éramos chicos anteojos no tenía, ni cadenita menos. Pobre vieja, sin querer me arruina los sueños. Soy chiquita y ella me trae la leche a la cama un domingo a la mañana y de golpe se me aparece ahora con los mofletes caídos por la aflicción, ¿y yo en mi fantasía dónde la meto? Por eso ayer la embromé. Ella dale lloriquear y yo: Vieja, parala, te prevengo que si no, te me aparezco y te doy un susto. Entendió muy bien que le decía que me aparezco de fantasma, lo que no entendió es que a veces ella es un fantasma para mí, un fantasma vivo. Porque yo despierta, lo que se dice despierta, raro que esté. Vivo con la cabeza entre algodones, hablo con el cura, hablo conmigo, hablo

con montones que ni sé quiénes son. La morfina. A Juancito le hice el chiste, Yo ya no morfo nada, pero tomo morfina, le digo, y él en vez de reírse sale pitando de la pieza. Hasta acá llegaban los llantos. Lo feo de morir es que te tenés que tragar todo para vos, la gente al tema le cuerpea, todos, hasta tu madre, hasta tu hermano. El dolor. A quién le voy a explicar que son tres. Está la cuchillada que te revuelve las tripas y como vino se va, está el otro que cae de visita varias veces por día, un dolor alternado, así le dicen, alternado, y está el estable. Elenco estable. A la enfermera María Eugenia le basta con una ojeada para saber cuál es. Si aprieto los puños como una boxeadora, y no porque la esté peleando, ya no, ya tiré la esponja, si las rodillas se me traban que no puedo estirar las piernas, si pierdo el resuello, si me la paso dando vueltas en el catre buscando la posición que no voy a encontrar, si manoteo las sábanas como un ahogado, viene volando con la jeringa y me pregunta ¿diez? El dolor va de cero a diez, en cero pónganle la firma que nunca estoy. Dolores, tres dolores ahora y otros de antes. Papá me vino a ver. Fantasma de verdad, no como la vieja que vende salud. Pero lo que son los recuerdos, en un momento se te pone todo a girar como una calesita. La cosa es que a mi padre lo vi como era cuando yo era chiquita, igual que a mamá, con la leve diferencia que él está muerto. Un señor estanciero de botas, rebenque, pantalón de montar. Cómo me llamaba la atención esa pelota al costado, vacía, justo en el lugar de la celulitis que algunas tienen. Yo no, ni cuando estaba más rellena, ni cuando las Damas de Beneficencia de mí decían gooooooorrnnrrrrda con las

erres como una locomotora y un montón de o. Vino, era el mismo señor que me ponía toda ancha de orgullo cuando entrábamos en el pueblo arriba del sulky y los bocatorcida nos junaban con una cara... Después me avivé que estanciero, hasta por ahí. Testaferro más vale. Pero la pinta la tenía. Hasta ahora, hasta desenterrado. Venía a pedir perdón. Tarde piaste, lloró hasta que se cansó y yo, de piedra. Una estuatua, como decía de nena cuando no sabía ni hablar, ¿y ahora sé? Perón tiene razón que yo siempre usé palabras prestadas. Él habla como un criollo de ley, palabra de hombre, de milico, ¿en cambio yo a mis grasitas en qué idioma les iba a hablar, en uno de pobre desgraciada, de chinita? Preferible agarrarme del que aprendí en la radio. En aquel tiempo me sonaba más distinguido, ahora si podía les hablaba como yo soy. Total que mi viejo se apareció ahí, parado entre la puerta y la ventana, otra señal de que me muero. Como si hiciera falta, como si no bastara con estos pinchazos en la barriga y estas piernitas de alambre. Don Juan Duarte. La vida entera me la pasé soñando con mirarlo de arriba. Él llegaba y yo era una reina y él un vejestorio hecho pelota que confesaba sus culpas, ni eso, que se quedaba mudo mientras yo se las iba refregando en la cara. Ahora de compadrita no me ha quedao ni el pucho en la oreja, pero igual lo miré de arriba. Ya lo sé que no tuvo la culpa de morirse cuando yo tenía seis años, padre Benítez, pero ¿y dejarnos plantados a los seis en el rancho sin revocar con el cerco de alambre, todos en una pieza y que mi mamá se reventase las vérices cosiendo en esa Singer de mierda, ida y vuelta los pies? Todavía tengo en los oídos el chirrido de

aquel pedal. El día que llegué al colegio y las chicas habían escrito en el pizarrón vos no sos Duarte, vos sos Ibarguren, ¿se lo iba a perdonar? A usted se lo pregunto, no se haga el oso. Cosa rara, el cura me creyó que mi viejo o el fantasma de mi viejo había estado junto a mi cama, pero me criticó lo dura que había estado. Bien podías haber aprovechado para aliviarle la conciencia, me hace con esa vocecita de cura que le sale. No siempre, por suerte. A veces habla como cualquiera y otras como diciendo el verso en el colegio. Esta era una vocecita de venderme un buzón, el buzón del cielo. Y la pera que tiene. Otra cosa que me ataca los nervios es esa pera, un mentoncito puntudo bien parado para adelante que te encañona apunten fuego, y la verdad que es bravo el cura Benítez. Ajá, ¿y a mí quién me la alivia, la conciencia? ¿Yo por culpa de quién me tuve que hacer puta para ser alguien? Porque yo fui alguien, padre, estaré convertida en *eso*, pero los de afuera no repiquetean sollozando contra el vidrio por una cosa, repiquetean por una mujer de bien. ¡Y lo que me costó, lo que nos vino costando a todas desde que el mundo es mundo, por ser mujeres! Mi abuela Petrona Núñez, la del ranchito cariñoso en las afueras de Los Toldos, ¿qué fue, una mujer de mal? Los Núñez de por allá, decían haciendo así con la mano como barriéndolos del mapa los que vivían al lado de la plaza y por eso se creían los dueños del monumento al héroe de a caballo, pero se olvidaban del otro, el monumentito aplastado en el pasto, con esa mano media gris y esa mano verde penicilina, símbolo de la unión entre el blanco y el indio decía la maestra. Ella sí que fue puta, la abuela, la maestra no

sé, ¿y qué querían que fuera, modelo de París? Y mi pobre madre querida, que a los quince añitos se tuvo que ir con don Juan Duarte, vendida, sí, señor, vendida por la suya a cambio de una yegua y un sulky. Entregada como un paquete. Dos paquetitos, uno con sus bártulos, tres pilchitas desteñidas a fuerza de lavados y de solazos que para qué se las traía si debía creerse que Duarte la iba a vestir como señora, y otro el paquete que era ella, media gordita, toda trabada porque la timidez y el veranito que estaba pasando te agarrotan, sin saber qué hacer con las manos y dándose un pie con otro mientras se iba trotando detrás de él que por ser hombre caminaba ligero. Qué poca cosa valía mi vieja, una yegua lista pa'l matadero y una carrindanga del tiempo e'ñaupa, ¿eso valía? Pero qué las voy a juzgar, con qué cara. Justo yo. Como si no supiera los sapos y culebras que hay que tragarse en la vida, yo porque levanté el copete para volverme alguien y ellas para comer, nomás. Sin contar que eso mismo yo me lo tragué a los quince, justo la edad de mi mamá cuando la abuela se la entregó al destinatario atada con varias vueltas de hilo sisal, por las dudas que corcoveara, lo único que ni siquiera por una yegua y un sulky sino de sonsa, por nada. Me cuesta recordarlo, es lo que más me cuesta, pero no aflojo. El cura me ordenó expresamente revisar mi vida como rascando la cacerola para sacar una papita quemada, una zanahoria negra pegada en el fondo. Día de reencontrarnos, por una punta se volvió don Juan Duarte a su sepultura sin obtener perdón y por la otra se acercaron ellos, los dos neños de papá, muy de estreno con su coche flamante. Estos no sé si viven, ni noticias, si

mando a averiguar se destapa la olla. Viejos no han de estar, qué tendrían, cinco, seis años más que yo y que aquella otra pavota que aceptó junto conmigo la invitación a Mar del Plata. Quién vio la playa, las olas, quién se bañó. Ya no vivíamos en Los Toldos nosotros en ese tiempo, vivíamos en Junín. Tengo clavada acá la imagen de las dos parejas saliendo muertas de la risa de esa ciudad más chata que galleta marinera, como si el cielo la aplastase de un puñetazo. Salíamos cantando y jaraneando rumbo a quién sabe dónde, y yo contemplando como una boba la puesta de sol. En auto por la pampa no había andado. En sulky sí, con Duarte, cuando me llevaba al lado suyo en el pescante y yo iba mirando las bostas que largaba el caballo al ritmo del trotecito, redondas y de un verde esmeralda divino, rodeadas por un humito que a mí también me parecía verde, y pasábamos delante del rancherío de los indios. Los Coliqueo. La que a mí me hizo nacer fue una partera india, una mapuche, Juana Guaquil. Se levantó de noche en medio de una tormenta para ayudarla a mamá. Yo por eso me siento india de corazón. Y a lo mejor de sangre, qué sabe uno, un cachito nomás, una gota, una enésima parte, como decía la maestra de ese colegio que finalmente todo malo no fue, por más que las madres no dejaban a sus hijas jugar conmigo. Mi vieja salió blanca por el vasco Iburguren, pero los Núñez, ingleses no se puede decir que fueran. Donde había andado en auto era en Los Toldos, pero adentro del pueblo, con el amigo de mamá, Rosset. Don Carlos Rosset. Un señor muy bien. Era el dueño de casa, a veces nos perdonaba los alquileres, a cambio de algo, no iba a ser porque sí. Mi

EPÍLOGO

¿Por qué volver a Evita más de veinte años después de mi libro *Eva Perón. La biografía*, publicado en los noventa, si todo lo que había logrado o creído comprender acerca de su vida ya figuraba en esas páginas? Parte de la respuesta tiene que ver con el género biográfico. Como biógrafa de Evita, la posibilidad de penetrar sus pensamientos y sentimientos dándolos por seguros me estaba vedada. Por incuestionables que fueran, los documentos y testimonios que fui recolectando a lo largo de varios años no me daban derecho a entrar en su cabeza, sino a situarme desde afuera, deduciendo a una relativa distancia lo que ella pudo haber pensado o sentido, y siguiéndola en su laberinto, pero sin introducirme en él. Es por eso que la expresión “biografía novelada” me produce dentera. En la novela, quien relata, ya sea como narrador omnisciente o como narrador “pegado”, se permite franquear ese límite. En la biografía, no. Entre un género y otro no hay confusión posible. Desde ese punto de vista puede decirse que la biografía expone datos, relata hechos, pero que como método utiliza la conjetura.

Además de lo anterior, un tema fundamental me había quedado dando vueltas desde la publicación de mi biografía. En ese libro formulaba una pregunta acerca de los ustachis de Ante Pavelic, criminales de guerra a los que Evita, durante su visita al Vaticano en 1947, les dio los pasaportes para entrar en la Argentina. El episodio estaba relacionado en mi memoria con la reacción de mi madre, la escritora Alicia Ortiz, que el mismo año se estaba alejando del Partido Comunista junto a mi padre, Carlos Dujovne, miembro del grupo fundador de ese partido en 1918. “¡Ante Pavelic! –gritaba doña Alicia, dirigiéndose a la pibita de ocho años que yo era sin dejar de agarrarse la cabeza con ambas manos–: ¡El dirigente del Estado Independiente de Croacia implantado por los nazis, el peor de los asesinos, incluyendo a Hitler, se instala en el país!”. Tantos años después, la vida me ofreció un fantástico regalo en la persona de una señora de rostro y acento muy marcados, que el día de la presentación de mi libro se acercó a cuchichearme, como en forma de eco a los clamores de mi madre: “Usted en su biografía se pregunta si Evita sabía quiénes eran los ustachis. Le puedo asegurar que no sabía porque en la Secretaría de Trabajo la que se lo contó fui yo. Cuando le hablé de lo que hacían en el campo de concentración de Jasenovac, donde yo estuve de joven, Evita se levantó a vomitar”.

Aunque más no fuera a causa de este testimonio tardío, mi deseo de volver a escribir sobre Evita iba en aumento, pero ¿de qué manera? ¿A modo de versión corregida y aumentada de esa misma biografía, o como otro libro donde quien tomara la palabra fuera la

propia Evita? Y además, ¿qué palabra? Seguramente no la que el español Penella de Silva intentó rescatar en *La razón de mi vida*, un texto que nunca conoceremos, salvo milagro, porque los cortesanos de Perón, Raúl Mendé y Méndez San Martín, lo transformaron en una expresión de idolatría y reverencia hacia el Líder de los argentinos. ¿En qué idioma hablaba entonces la verdadera Evita cuando se quitaba los zapatos y se desembarazaba de las dos retóricas paralelas presentes en sus discursos, la del radioteatro nacionalista y la del peronismo? A decir verdad, el interrogante se contestó solo: fue empezar a escribir este monólogo, pronunciado en el sitio preciso donde se dice, o se piensa, todo —el lecho de muerte—, y encontrar las frases, los giros, las expresiones que yo recordaba de mi infancia en el barrio, las mismas que me llegaron a través de las ya ancianas compañeras de Evita en el Partido Peronista Femenino a las que, durante mi investigación, tuve la suerte de encontrar vivas. Un “lenguaje evito” no paródico sino profundamente familiar, un lenguaje que en la Argentina ya no se habla y que, a mis ochenta años, quizás a causa de un exilio que ya dura cuarenta, he conservado intacto, listo para servir de puente hacia la intimidad de Evita. Un lenguaje, además, lo bastante flexible como para incluir los sueños, las incertidumbres, las idas y venidas de una agonía en la que también reina la duda.

Dos palabritas para terminar. Algunos de mis lectores, los que se sorprendieron y hasta ofuscaron al verme publicar una crónica sobre Milagro Sala, suponiéndome convertida al kirchnerismo, se asombrarán de nuevo ante esta novela que acaso les permita

suponerme gorila. Como toda explicación lineal resultaría inútil frente a este doble error, propongo alcanzar la comprensión por la vía indirecta. ¿Qué es la independencia de criterio? No estar donde se nos espera y estar donde no se nos busca, vale decir, en un lugar muy parecido a ese lecho final donde se habla sin miedo, porque no hay nada que perder.

Les Caveaux, 4 de diciembre de 2018.